

LA VIEJA HERRERIA

A mi buen amigo Eusebio de Zubillaga.

Aprendí las primeras letras en el Colegio de las Hijas de la Cruz.

En mis tiempos era una pequeña Comunidad de buenas monjitas, con las tocas almidonadas, de «túnel», y caritas blancas de cera. Hoy son más numerosas, se han ido modernizando, siguen siendo tan buenas, se ponen morenas, y aunque sea, les acaricia el sol.

Siempre, por llegar tarde a clase, me regañaba Sor Natividad; aquella monjita de gran carácter, pensando quizá que me quedaba pescando las monedas que gentes sencillas arrojaban detrás de las rejas de la ermita de Santa Clara. Pero, no era eso...

Recuerdo, que salía de casa medio dormido, y después de recorrer una angosta y larga calle que siempre olía a pan, me despertaba el martilleo continuo sobre el pesado yunque de la herrería situada cerca del puente y la ermita. Y... aquello tenía la culpa. Me pasaba largos ratos contemplando aquel enorme fuelle, siempre manejado por un niño que, al tirar de una cuerda acompasadamente, de un rescoldo de cenizas grises creaba mundos nuevos; tan pronto surgían allí hirvientes volcanes como ondulantes y azuladas llamas, seguidas de una ingente e infinita gama de chispas doradas. Aquel niño imberbe, cual omnipotente Eolo, que para colmo era mofletudo y coloradote, y aquellos hombres adustos que trabajaban con él, sin cruzarse una palabra, hombres de mirada tosca, barba cerrada, aporreando incansablemente y dándole forma al reluciente hierro, eran mi obsesión. Porque además tenían una gran habilidad y una fuerza terrible. A las vacas grandotas les subían a una especie de potro, les ponían unos zapatos de hierro que a base de golpes ellos modulaban, se los sujetaban con unos clavos largos, muy largos, y aquellas vacas no decían nada, salían con sus ojazos un poco excitados, con un caminar lento, pero más coquetón y majestuoso que cuando habían entrado.

¡Cuánto sabían aquellos hombres! Porque eso sí, yo veía en mi calle entrar a los hombres a la Zapatería de Boni y adquirir zapatos, pero aquello me parecía muy fácil. Los zapatos estaban hechos, la gente se probaba primero un par y luego otro, pasaba por una caja dorada que metía un ruido muy extraño, y salían todos con cara de pascuas. En la herrería no, los zapatos los hacían a golpe de fuego y martillo, las vacas no se los probaban, y además, no había caja dorada.

Yo, niño entonces, lo que no me explicaba de todo esto era el por qué las vacas no presumían y se daban un paseíto por la calle, sino que se dejaban atar a unas argollas que había justamente en la casa de enfrente. Lo que sí veía era que cuando las vacas se aburrían de esperar, llegaba un

hombrecillo muy alegre con un palo en la mano, con la nariz muy colorada, lanzando «irrintzis» o hablando solo. Soltaba al animal, le decía algo al oído al herrero, sacaba algo del bolsillo y se llevaba la vaca.

El otro día pasé por allí. El puente seguía allí; por debajo, casi no corría el agua; la ermita había desaparecido. En su lugar había una casa muy grande, con unas puertas enormes pintadas con líneas rojas y blancas. Unos hombres, con las caras y manos muy sucias estaban arreglando unos caballos de hierro. La herrería seguía en el mismo sitio. Entré y... ¡qué desilusión!, el fuelle no existía, no había Eolo, los hombres estaban impecablemente vestidos de azul, afeitados y con sus boinas caladas, y para colmo, llevaban guantes de cuero. Entró una vaca; con unas poleas la subieron al potro, ¡vaya qué fácil!; el herrero sacó de un cesto unas herraduras, probó unas y luego otras, y se las colocaron. ¡Casi acertaron a la primera!

Aquellos hombres ya no me parecieron los colosos de antaño que creaban y forjaban. Aquello no era la herrería de entonces, era... igual que la zapatería de mi calle.

RAMULEI



Continuación de «Rentería vista por un madrileño»

quier otra capital de provincia de España, a realizar transacciones comerciales a San Sebastián. De ahí, también, esa mezcla cosmopolita que tan pintorescamente compone la población de Irún... turistas de paso, franceses que vienen a «hacer el mercado», transportistas, funcionarios, comerciantes...

Ambas, San Sebastián e Irún, salvo su núcleo estable y los funcionarios, se componen y viven del tráfico turístico y comercial, respectivamente; se alimentan del exterior de ellos mismos.

Rentería, en cambio, es el símbolo de lo contrario, tiene también, claro está, sus atractivos turísticos y su floreciente comercio, pero por encima de eso, Rentería vive de sí misma y encerrada dentro de sí, concentrada en ella misma, podíamos decir, como todo pueblo industrial y laborioso, formado, no solo por el personal que trabaja en sus numerosas industrias, en sus oficinas, en sus transportes, en sus comer-

cios, o que cuidan de su lustroso ganado o su feraz campiña, sino también por multitud de empleados, obreros, técnicos, profesionales o industriales que desempeñan su trabajo en las poblaciones próximas y que vienen a Rentería, atraídos no solo por el menor coste de la vida, sino por la paz de muchos de sus barrios, por las costumbres sanas del pueblo vasco, trabajador y cortés, serio y amable, y por la campechana confraternidad que en ella se respira.

¿Qué cosa más grata y más sana, socialmente, que ver compartir la misma mesa al poderoso industrial con el obrero, sentir y vivir todos de la misma manera y por encima de las diferencias humanas, tener los mismos modos de vida?

San Sebastián e Irún tienen una masa autóctona, y el resto son forasteros. La población de Rentería es una, sola y auténtica, porque todos, —¿verdad, conciudadanos?—, nos sentimos renterianos.

JOSE MARTIN-CHICO PEREZ